

## PROBLEMAS IDEOLÓGICOS DE LA IZQUIERDA

### Algunas informaciones básicas

Como una primera aproximación podríamos decir que la izquierda experimenta un aumento en su votación equivalente a un 35% comparada con la del año 1958, que se descompone de la siguiente manera:

El 4 de Setiembre ha marcado la iniciación de una nueva etapa en el choque de las fuerzas sociales. En cualquier caso ha constituido una prueba tan profunda de la estrategia y táctica de la izquierda que es un deber detenerse a reflexionar sobre las lecciones que nos ha dejado para el futuro. Al hacerlo cuidémonos de no caer en el subjetivismo así como en el pragmatismo. Desembaracémonos, por un instante, de los a priori para enfrentarnos crudamente con la realidad.

Quienes piensan que los cambios producidos en la realidad constituyen sólo transitorias desviaciones de sus esquemas ideológicos, corren el riesgo de no advertir cuando estas "desviaciones" calan hondo en un proceso susceptible de muchas deformaciones, dentro de su misma irreversibilidad. Sustituyen por unos estereotipos a la realidad, reemplazando el análisis dialéctico por una fe mecanicista. También, quienes piensan que las contingencias y accidentes del desarrollo histórico postergan indefinidamente la meta del socialismo, olvidando que el proceso de su advenimiento está regido por las leyes objetivas del desarrollo histórico, terminan por caer en un pragmatismo al estilo de la social-democracia. Este es quizás el "pecado original" de los social-demócratas: carecer de una interpretación teórica consistente de la realidad, haber sacrificado la filosofía social por un practicismo que, por inercia, les hace comprometerse cada vez más con el orden vigente.

Pero, tanto los que sacrifican la realidad al esquema como los que sólo creen en los hechos de la reforma, sin proyección social ni histórica, han demostrado incapacidad para mantener el enriquecimiento entre teoría y práctica, de manera de profundizar en el conocimiento para hacer más fecunda a la acción. Esta capacidad se demuestra precisamente en las coyunturas críticas que es cuando se pone a prueba a la teoría y la práctica invoca sus derechos para independizarse.

Por ello hemos pensado que, antes de formular propiamente una línea estratégica y una táctica, es necesario tener presente algunas interrogantes básicas sobre nuestra realidad socio-política. En este sentido, el examen de algunas informaciones disponibles nos parece un paso previo que nos permite formular algunas conclusiones que sirvan para tener presente un marco de referencia más concreto y realista.

	Allende 1958	Allende 1964	Comparación
Tarapacá	38%	47%	+ 24%
Antofagasta	43%	48%	+ 12%
Atacama	34%	44%	+ 30%
Coquimbo	33%	45%	+ 36%
Aconcagua	25%	40%	+ 67%
Valparaíso	23%	36%	+ 57%
Santiago	28%	36%	+ 29%
O'Higgins	31%	46%	+ 49%
Colchagua	22%	36%	+ 64%
Curicó	32%	41%	+ 28%
Talca	23%	45%	+ 96%
Maule	16%	38%	+ 137%
Linares	24%	42%	+ 75%
Ñuble	24%	34%	+ 42%
Concepción	41%	49%	+ 20%
Arauco	48%	60%	+ 25%
Bío-Bío	31%	38%	+ 23%
Malleco	26%	36%	+ 39%
Cautín	21%	35%	+ 67%
Valdivia	30%	42%	+ 40%
Osorno	25%	38%	+ 52%
Llanquihue	18%	30%	+ 67%
Chiloé	23%	32%	+ 39%
Aysén	28%	33%	+ 18%
Magallanes	48%	50%	+ 4%
	28,5%	38,5%	+ 35%

Esta curva adquiere, sin embargo, una fisonomía muy diferente si la descomponemos, según lo que podría ser el comportamiento de diferentes sectores sociales. Este análisis, debemos decirlo, constituye sólo una aproximación, pues hemos partido estimando que ciertas comunas del país podrían estar representando el comportamiento de ciertos sectores sociales. Aunque empíricamente no sea cabalmente cierto constituye un supuesto que la falta de informaciones nos ha obligado adoptar, pero que sirve para ilustrarnos sobre la actitud general asumida por estos sectores. Así, en las zo-

nas que consideramos obrero-mineras, mientras en la elección presidencial de 1958 el FRAP obtuvo el 46% de la votación, subió en esta última a 51%, o sea, experimentó un alza de un 11% con respecto a 1958.

La información respectiva puede leerse en el cuadro siguiente:

	1958	1964	Variación
Tocopilla	51%	56%	+ 10%
Loa	47%	43%	— 9%
Andacollo	47%	49%	+ 4%
Calera	46%	54%	+ 18%
Puente Alto	33%	42%	+ 27%
San Antonio	34%	42%	+ 24%
Machalí	49%	56%	+ 14%
Tomé	50%	60%	+ 20%
Lota	66%	72%	+ 9%
Talcahuano	38%	47%	+ 24%
Natales	60%	55%	— 8%
	46%	51%	+ 11%

Por otra parte, las zonas que consideramos para efectos de este análisis como zonas de pobladores, mientras en 1958 obtuvo la izquierda el 40% de los votos, en las últimas elecciones obtuvo el 44%, o sea, que experimentó un alza de sólo un 10% en relación con el año 1958. La descomposición de la información por cada comuna que se estimó principalmente de pobladores puede leerse en el siguiente cuadro:

	1958	1964	Variación
Arica	33%	48%	+ 45%
Coquimbo	33%	43%	+ 30%
San Miguel	55%	46%	— 16%
Quinta Normal	37%	41%	+ 11%
San Bernardo	31%	39%	+ 25%
Barrancas	37%	48%	+ 30%
La Granja	36%	49%	+ 36%
La Cisterna	32%	39%	+ 21%
	40%	44%	+ 10%

El análisis, en cambio, de las comunas típicamente rurales nos permite apreciar que la votación aumentó en un 58%, pues del 26% de los votos que se obtuvo en 1958 se llegó al 41% en las últimas elecciones. La comprobación de esta apreciación se encuentra en el siguiente cuadro que detalla la votación en cada una de las 20 comunas que sirvieron de base para el análisis. El cuadro es el siguiente:

	1958	1964	Variación
Petorca	37%	53%	43%
Putaendo	28%	45%	61%
La Cruz	31%	43%	39%
Isla de Maipo	29%	44%	52%
Pichidegua	28%	41%	46%
Palmilla	13%	36%	177%
Teno	34%	44%	29%
Maule	23%	49%	113%
Chanco	8%	38%	375%
Longaví	31%	52%	67%
Colhueco	19%	25%	32%
Hualqui	32%	44%	38%
Los Alamos	49%	52%	6%
Santa Bárbara	28%	31%	11%
Lumaco	19%	33%	74%
Pucón	19%	31%	63%
Paillico	19%	35%	84%
Puerto Octay	18%	22%	22%
Frutillar	33%	45%	36%
Achao	21%	32%	52%
	26%	41%	58%

Si estudiamos ahora la votación en las ciudades agrícolas, asiento principal de sectores de clase media, no deja de causar sorpresa el alza a un 37%, ya que se subió desde un 27% a un 37% en las 15 ciudades agrícolas-provincianas que se tomaron como base para este análisis aproximativo, como puede apreciarse de la lectura del siguiente cuadro:

	1958	1964	Variación
La Serena	26%	37%	42%
San Felipe	24%	34%	42%
Quillota	21%	36%	70%
Melipilla	25%	35%	40%
San Fernando	32%	40%	25%
Curicó	32%	39%	22%
Talca	19%	42%	120%
Cauquenes	18%	35%	95%
Linares	25%	41%	64%
Chillán	29%	40%	38%
Los Angeles	30%	34%	13%
Angol	30%	38%	26%
Temuco	22%	31%	41%
Osoorno	26%	40%	54%
	27%	37%	37%

Mientras puede apreciarse este aumento considerable en los sectores medios provincianos, en los grandes centros urbanos el aumento que se experimentó es un tanto menor, pues sólo se llega a un 33%, que se desglosa de la siguiente manera:

	1958	1964	Variación
Antofagasta	37%	44%	19%
Valparaíso	21%	35%	66%
1ª Comuna de Santiago	16%	27%	55%
Concepción	31%	39%	26%
Valdivia	32%	46%	44%
Punta Arenas	43%	43%	0%
Núñoa	21%	29%	38%
Quilpué	24%	38%	58%
	27%	36%	33%

En resumen, podemos afirmar que la curva de aumento de la votación de la izquierda, descompuesta en la forma en que lo hemos hecho, permite ubicar los estratos sociales en el siguiente orden según el volumen de su aporte electoral:

- 1º campesinos con un 58% de aumento;
- 2º ciudades agrarias-provincianas con un 37% de aumento;
- 3º grandes centros urbanos con un 33% de aumento;
- 4º obreros con un 11% de aumento; y
- 5º pobladores con un 10% de aumento.

Si deseamos tener una visión de la tendencia electoral y de los factores que la determinan es necesario probar una interpretación dinámica de la masa de datos presentados. Pueden, en este sentido, asentarse conclusiones significativas, aunque las estimemos provisionales en espera de una elaboración más concienzuda de otras informaciones adicionales.

En primer lugar, podemos decir que las zonas geográficas, tradicionalmente izquierdistas, son las que menos avanzan. Su votación para la izquierda aparece prácticamente estancada o, por lo menos, con una proporción de avance increíblemente menor. Así, las provincias de Tarapacá, Antofagasta, Atacama, Concepción, Arauco, Aysén y, especialmente, Magallanes, experimentan los más bajos porcentajes de aumento, desde luego muy inferiores al promedio nacional (35%).

Entre las causas de este hecho podría pensarse que se ha llegado a un límite de expansión, lo que se explicaría por una incapacidad de penetración de la propaganda de la izquierda en estos sectores debido a una concepción mecánica del estrato obrero. La idea que planteamos, a manera de autocritica, es que el supuesto de que estos sectores populares, en razón de su conciencia de clase, debían votar masivamente por el movimiento popular, no se cumple. Ilustra lo que decimos el hecho de que los centros de mayor votación obrera no reflejaron una importante cifra de aumento. Por el contrario, muchos sectores obreros se inclinaron contra las posiciones de la izquierda, demostrando con ello que no existía una sólida conciencia de clase; es decir, que no se adecúa siempre a un modelo mecánico de carácter ideológico, que no viene a ser el producto de un análisis objetivo de nuestra propia clase obrera, sino que corresponde, más bien, a un estereotipo teórico, lo que nos impide distinguir la existencia de estratos internos con diferentes grados de conciencia, incluso detentando intereses opuestos.

Sin embargo, hay otros factores que pueden explicar este estancamiento. Nos referimos a algunos hechos que configuran un cuadro muy especial de la "ofensiva" del FRAP, especialmente en las zonas de mayor inclinación izquierdista.

En efecto, un examen detenido de las cifras de elecciones intermedias entre las dos últimas campañas presidenciales, las de regidores de 1963 y parlamentarias de 1961, nos enseñó que se producía un curioso mecanismo de "vasos comunicantes" entre el Partido Socialista y el Partido Comunista. La situación podemos caracterizarla como una disputa entre ambas organizaciones partidarias de una misma zona de influencia, no llegándose a producir una ampliación efectiva de la fuerza de la combinación como tal. Es decir, que al producirse aumentos de uno de los dos par-

tidos a costa del otro no se llegaba a plasmar una ampliación de la base electoral del FRAP. Y esto ocurría con mayor nitidez y frecuencia en las zonas donde la influencia de la combinación era ya grande. Resultaba más fácil ganar votos frapistas que aumentar la clientela frapista. Lo cual se adapta mejor con la política competitiva entre ambos partidos. Esta situación, por otra parte, sirvió para reforzar la tendencia a un lenguaje ideológica y políticamente esquematizado, apropiado para un contingente "ya disponible", pero sin capacidad ni vigor de penetración en sectores no incorporados todavía a la zona de influencia del FRAP.

En el mismo sentido, si analizamos la votación de las zonas de pobladores podemos apreciar una situación casi estática, incluso en algunas partes, como en San Miguel, se retrocedió en un 16% con respecto a 1958. Ello nos enseña sobre la falla de nuestros supuestos ideológicos (además de los errores tácticos y organizativos), en cuanto el grado de conciencia política de que son poseedores. Inciden sobre este hecho causas derivadas del fenómeno de marginalidad en que viven estos sectores, su ascendencia rural y, consiguientemente, su tendencia al populismo, la alta proporción de dependientes del sector servicios que los lleva a confundir sus propias posibilidades de desenvolvimiento como grupos con la mantención de los estratos de altos ingresos, por ser los que lo proveen de ocupación.

Todos estos elementos configuran un panorama socio-político que no vio ni recogió la izquierda en sus esquemas ideológicos, pero que deberemos tener muy presente antes de trazar nuestra estrategia hacia el futuro.

El estancamiento electoral entre obreros y pobladores refleja, a nuestro juicio, una situación estructural y valórica que hasta ahora no había sido puesta claramente de manifiesto. Podría definirse como un estado básico de despolitización, para decirlo poniendo énfasis en aquel rasgo que es el más dinámico, pero que, a su vez, constituye sólo un reflejo de una serie de otros factores.

Desde luego conviene señalar que en Chile, a pesar de su aparente continuidad institucional y gran cultura electoral, un enorme porcentaje de su pueblo todavía no pertenece a ningún tipo de organización, ni sindical, ni deportiva, ni religiosa, etc. Podemos sostener que el 70% de la población está marginada de participar en ninguna organización, lo que nos demuestra un grado de marginación del proceso político, o, a la inversa, que la vigencia que tiene la "democracia", como sistema de participación en decisiones y responsabilidades colectivas, para un inmenso sector de la población es bastante secundario. El sentido que puede tener la democracia para quienes no participan en ella se traduce en una suerte de equilibrio de su situación personal, alimentada por una expectativa de mejoramiento individual y por el respeto a lo que es su "pequeño mundo", producto de todo el proceso de institu-

cionalización, cuya más patente expresión es el reemplazo de la politización activa por un civismo pasivo.

La marginación de estructuras formales encuentra su máxima encarnación en la no afiliación a partidos políticos, ya que un poco más del 90% de la población reconoce no pertenecer a ellos. A contrario sensu, nos ilustra acerca de que los marcos de incorporación de la población no son realmente nacionales.

Con lo expresado queremos decir que el individuo chileno se incorpora a situaciones en las que nunca puede perderse como centro, o bien en que primen las expectativas personales o de pequeños grupos. Las apreciaciones más amplias o de carácter global, que puedan hacer, no pasan de constituir expresiones de la aceptación tácita de los valores de consenso social que rigen la institucionalidad. Pero, en tanto que consenso ésta es absolutamente nacional, como mecanismo de incorporación sólo sirve para que se configuren pequeñas situaciones en que los individuos se desenvuelven. Así, por ejemplo, la democracia indiscriminadamente aceptada no se traduce en la percepción por parte de la gente de nuevas formas masivas de participación, sino en el respeto a ciertas situaciones en que se desenvuelve como individuo privado y que encarnan toda la gama posible de elecciones, aunque al nivel estructural sean pura ficción. Expresiones de tales antecedentes son la importancia que se le asigna al grupo familiar entre la variedad de grupos sociales, al de amigos, y a la misma libertad de manejar el tiempo aún en un sentido absolutamente pedestre.

El hombre chileno surge como habitante de pequeños mundos, todos los cuales encuadran en el marco general de la institucionalidad, la que hace las veces de gran marco inamovible que sirve para darles perspectivas formales. Es la perfecta ecuación entre el equilibrio vital del pequeño mundo y la dinámica verbalista y formal de la sociedad que nunca debe alterar este equilibrio. Quienes enfoquen el "cambio" centrados en el equilibrio se transformarán en el guardador de los pequeños mundos, mientras que quienes actúen poniendo el acento en la sociedad global no encontrarán acogida, pues los pondrán en peligro.

La despolitización, a que aludimos, es también el resultado de que una gran cantidad de la fuerza de trabajo se encuentra en una situación ambigua con relación a los medios de producción, ya sea porque se encuentra ubicado en el sector servicio o porque el contingente de obreros industriales, organizados y sometidos a una conducta políticamente orientada, son proporcionalmente pocos en relación con la gran masa oscilante y amorfa.

Pero también confluyen otros factores. Están, por ejemplo, las aspiraciones que, no obstante existir una notoria situación de crisis, se orientan según ciertas pautas de conformismo. Esta contradicción entre conciencia de una situación crítica y grado

de conformismo, refleja, en el fondo, una actitud de adecuación al statu quo, en razón de acompañarse de una expectativa de mejoramiento personal.

Este conformismo asume modalidades que son sintomáticas de ciertos rasgos idiosincrásicos como el fatalismo o el optimismo ingenuo; pero también de algunos rasgos estructurales tal como la flexibilidad relativa de la estructura social para facilitar algún ascenso. Es así como el chileno demuestra una tendencia de conformismo por igualación, esto es, a tomar como pauta de referencia lo que le ocurre a la mayoría, o, como quien dice, si tiene lugar en el caso de los demás es un tanto inevitable a escala personal. Sin embargo, paralelamente tiene lugar una firme expectativa de mejoramiento personal, cierta confianza en lograr lo que se desea. De tal manera que, por muy crítica que sea la situación general, siempre subsiste la posibilidad de adecuarse al statu quo cuando existe la visión de poder mejorar la situación personal. Esta actitud ambigua es producto de la visibilidad social del chileno debida, en parte, a su propia enajenación de creer en las posibilidades que le ofrece la sociedad actual y en parte a la real flexibilidad admitida por los grupos dominantes, actuando a través de los canales de ascenso. Todo lo cual, va configurando como uno de los principales valores definidores de marcos de referencia al arribismo social.

La situación descrita deforma el desarrollo y maduración espontánea de la conciencia política, surgiendo en su reemplazo una típica conciencia de status o de jerarquía. Esto es, más que una conciencia de cambios globales otra que persigue adaptarse a nuevos niveles sociales de equilibrio. Por eso pensamos que "la voluntad de cambios" está condicionada a que no se cierren los canales de ascenso, a través de los cuales los "pequeños mundos" adquieren perspectivas "globales". De esto resulta explicable como en una entrevista hecha a la población del gran Santiago el 68,3% de las personas entrevistadas contestaran que había que hacer cambios, pero un 58,3% opinara que había que esperar mejores condiciones para impulsarlos. En el fondo, es un temor al cambio, que, a lo sumo, se manifiesta en un anhelo de mejoramiento social compatible con una mentalidad conformista, más cívica que política.

El cuadro anterior encuentra elocuente complementación en otro hecho, igualmente sintomático. Una clara tendencia hacia un punto medio de equilibrio o equidistancia social. La población tiende a autoidentificarse en los estratos medios, llámenseles de centro, clase media o de cualesquiera otra manera. El mismo fenómeno se aprecia en sus aspiraciones.

En síntesis, las variadas y complejas situaciones descritas, nos hacen pensar que Chile es un país que no camina tan directamente hacia un proceso de polarización masiva, lo que nos plantea la ne-

cesidad imperiosa de revisar algunos de nuestros enfoques, principalmente el análisis de las relaciones entre el conjunto de valores superestructurales y las condiciones objetivas. Al parecer en nuestro caso las expectativas de mejoramiento social han derivado en un verdadero valor enajenador de la mentalidad de las clases explotadas.

A manera de resumen queremos señalar los principales problemas de decisión que resultan de nuestro análisis, sin pretender en esta oportunidad plantear soluciones sobre cada uno de ellos.

En primer lugar, debemos preocuparnos con la mayor objetividad del problema de la estructura de clase, entendiendo por esto saber cuál es la verdadera composición de clase en Chile, su dinamismo y los factores que están influyendo en un sentido positivo o negativo para el proceso de maduración y polarización.

En relación con la clase obrera cabe formularse preguntas como las siguientes: ¿Hay factores objetivos que estén impidiendo su consolidación como clase? ¿Cuál es la naturaleza de sus relaciones con los medios de producción y la real estructura de éstos? ¿Dentro de la clase obrera es posible distinguir estratos con antagonismos internos? ¿Qué influencias pueden ejercer en la conducta total de la clase? ¿Cuáles son los factores que han contribuido a acentuar la alienación de los estratos obreros?

Considerando aspectos orgánicos, debemos tener claridad sobre los compromisos de los partidos y sindicatos con la institucionalidad vigente, en qué ha consistido y cuáles han sido sus consecuencias sobre la politización de la masa. También procede formularse preguntas como las siguientes: ¿cuál es el tipo de organización más adecuada desde un punto de vista partidario; la mantención de la organización en base al centralismo democrático, o bien una organización de masa capaz de ajustarse a las realidades socio-políticas puestas de manifiesto, que vincule a los sectores políticamente marginados en una conducta participante y orientada? En este mismo sentido, debemos examinar la relación entre clase y masa y las aperturas posibles de los estratos populares frente a la ofensiva de la Democracia Cristiana.

En relación con el campesinado debemos esclarecer definitivamente problemas referentes a los estratos internos a éste, sus relaciones recíprocas y frente a la clase propietaria; cuáles son las características de su situación de trabajo que pongan en peligro su volcamiento hacia la izquierda; los posibles factores de desintegración del campesinado como factor de cambio; el carácter no institucionalizado de su comportamiento y la forma de organizarlo sin caer en las desviaciones propias de transformarse los sindicatos en verdaderos grupos de presión.

En relación con los sectores medios debemos responder concretamente, a partir de lo que la realidad nos enseñe, acerca de la posibilidad de transformarlos en grupos más dinámicos por con-

fluir en ellos, como factor preponderante, la influencia de la ideología, por su mayor capacidad (aunque marginal) de reaccionar frente a la alienación colectiva y, finalmente, por estar sometidos a un gradual proceso de desequilibrio y frustración.

En general, debemos examinar los puntos débiles que la estructura de clase presenta ante la ofensiva demagógica y populista de la Democracia Cristiana, y principalmente tener claridad acerca del significado y proyecciones eventuales de la promoción popular que ésta impulse.

Como expresión formal de todos estos problemas debemos proceder a revisar nuestro lenguaje y conformar un estilo político accesible, vitalizado y diferenciado.

Paralelamente a esta reseña de interrogantes al nivel de la composición de clase, no podemos olvidarnos, en el intento de trazarnos una estrategia, de los complejos factores de índole superestructural. Entre ellos destacamos el problema del nacionalismo, en cuanto expresión de una determinada mentalidad colectiva. Los socialistas debemos oponer una concepción del nacionalismo a la idea chovinista y reaccionaria que ha utilizado la derecha. Debemos llegar a estructurar una visión dinámica del nacionalismo y transformarlo, si así los hechos nos lo exigen, en el núcleo de una estrategia global.

Estamos situados en una coyuntura que nos exige resolver sobre el papel, cada vez más decidor, de la superestructura en el proceso de polarización, toma de conciencia y antagonismos sociales. Estamos obligados a hacer claridad sobre el fenómeno de alienación colectiva, la confusión de valores, la desorientación en la conducta y la desintegración posible de los conflictos objetivos.

Todas estas preguntas sin respuestas surgen de nuestro intento por darnos una visión más realista de lo que sucede en el trasfondo de la ideología, para luego extraer las conclusiones teóricas y políticas que sean justas, ajenos al subjetivismo y al pragmatismo.

No perseveremos en sostener "líneas", cualquiera sea su tono y estilo, si no somos capaces de abrirnos a la realidad y comprenderla. Primero transformémonos en auténticos marxistas, antes que en ideólogos o políticos encasillados, para ser consecuentes con lo que afirmábamos al iniciar nuestro comentario: profundicemos en el conocimiento de la realidad para hacer más fecunda su acción de transformación.